

EL CENSOR.

DISCURSO LXIX.

Decipimur specie reſti.....

Horat. Art. Poet. v. 25.

Nos engañan del bien las apariencias.

ALGunos de mis Lectores no han querido creer lo que he dicho en mi Discurso L. del particular talento que poseía mi Padre, de soñar metódica y ordenadamente. Lo han tenido por una ficcion unicamente inventada para llenar el pliego, que no podia ocupar el sueño que publiqué allí. Yo á la verdad no creía haber sido hasta aquí convencido de mentira alguna pa-

B

Ayuntamiento de Madrid

ra

ra que me tubiesen por embustero; y estaba persuadido á que bastaría que yo digese una cosa, que aunque extraordinaria no era del todo increíble, para que se me creyese sobre mi palabra. Mas ya que es preciso dar pruebas, voi á copiar aquí uno de los sueños de mi Padre, que se halla entre sus papeles. Lo hago con tanto más gusto, quanto éste será un medio de averiguar por la comparacion que de él haga el Público con los mios, si me lisongeo ó no, creyendo que me le parezco en algo. Si algun Lector creyese que aun ésta podrá ser una ficcion, no tiene mas que proponer su recelo en alguna de mis Librerías. Allí se le mostrará el original en forma tan autentica, que no le quede la menor duda de que la siguiente es una pura copia.

»Nos son tan poco conocidos nuestros defectos y nuestros yerros, que
»muchas veces los tomamos por pruebas y señales de nuestro merito. En

»medio de sus malos efectos, nos tran-
»quiliza esto; nos anima á manifes-
»tarlos, á aumentarlos, y finalmente
»á hacer vanidad de ellos. De aquí
»es, que las chimeras mas inco-
»prehensibles, las diversiones mas ri-
»dículas, y las acciones mas extra-
»vagantes, nos producen mil place-
»res, y nos exponen á los ojos de
»los demás en un punto de vista, de
»que creemos poder gloriarnos. Es
»cierto, que este estado de vanidad
»y satisfaccion mal fundada, tiene
»mientras dura un no sé qué, que
»nos encanta: y que los mas sabios
»han escogido un mundo chimerico
»para describir sus delicias, al qual
»llamaron el *Paraíso de los locos*.

»Acaso parecerá á algunos poco
»exácto este último pensamiento, y
»que podria aplicarse á otra cosa que
»la que yo intento. Pero no quiero
»detenerme en esto, pues me ha su-
»cedido ultimamente caer yo mismo
»en una vision.

»Creíme trasportado á una ver-
»de y florida montaña de mui fa-
»cil acceso. Con lagañosos ojos el
»*Error*, y con muchas cabezas la *Opi-*
»*nion vulgar*, ocupandose en sortile-
»gios, y haciendose amar por sus en-
»cantamientos, habitaban en lo alto
»de la montaña que me pareció mui
»dilatada. Una infinidad de personas
»que caminaban por dos diferentes
»sendas, iba á encontrarles. Algu-
»nas que parecian mas altivas y de
»un genio mas decisivo, iban derechas
»al *Error*, sin esperar ningun guia.
»Pero otros, cuyo carácter parecia mas
»mitigado, se dirigían primero á la *Opi-*
»*nion vulgar*, que despues de haber-
»les llenado la cabeza de elogios, los
»enviaba al *Error*.

»Quando llegamos á la cumbre
»de la montaña en que habitaba la
»*Opinion*, vimos allí á muchos hom-
»bres con quienes conversaba, y que
»habian llegado antes que nosotros.
»Su voz era agradable: esparcía una
»agra-

„agradable fragancia quando hablaba;
 „y no parecia sino que tenia una
 „lengua distinta para cada uno de los
 „que la oíamos. Cada uno de noso-
 „tros se imaginaba que le elogiaba
 „particularmente, y que le prometía
 „un paraíso en recompensa de su me-
 „rito, lo que nos obligó á seguirla
 „hasta que nos introduxese en aque-
 „lla bienaventurada habitacion. Ob-
 „servé en el camino, que todos nos
 „atribuíamos grandes talentos: que
 „nos alababamos á nosotros mismos;
 „y los unos á los otros; y que des-
 „preciabamos á los que no creíamos
 „adornados de ellos, ó que nos per-
 „suadíamos no los poseían en tan al-
 „to grado como nosotros.

„Acercamonos en fin á un cena-
 „dor formado de arboles, cuyas ramas
 „enlazadas unas con otras, hacian un
 „texido mui espeso. Sentado el *Er-*
 „ror á la entrada en un paraje que
 „el arte habia obscurecido un tan-
 „to, estaba vestido con un ropaje

B3

„blan-

„blanquecino, para disfrazarse, y con-
„trahacer con mas propiedad á la
„Verdad. Como esta está siempre cer-
„cada de una luz que brilla á los ojos
„de sus adoradores, y que les sirve
„para descubrir las bellezas de la na-
„turaleza ; asi tambien el otro se ser-
„via de una varilla magica para imi-
„tarla de algun modo, y entretener
„con ilusiones á sus sectarios. Des-
„pues de haber levantado su varilla y
„murmurado entre dientes algunas pa-
„labras, quiso regalarnos con una glo-
„riosa aparicion. Volvimos los ojos
„hácia la parte del Cielo que nos se-
„ñalaba, y vimos en ella un objeto
„azulado y sutil, que se iba desvanecien-
„do poco á poco, asi como en la cum-
„bre de los montes se disipan en el
„Estío las nieblas á medida que el Sol
„adelanta en su carrera. Pareció en
„fin á nuestra vista el Palacio de
„la Vanidad. Este edificio que se le-
„vantaba sobre ondeadas nubes que
„le servian de cimiento, no se soste-
„nia

„nia sino por virtud magica. El ca-
 „mino por donde subimos á él, era
 „tan variado como el Iris, y el dulce
 „Zefiro que soplabá al rededor de no-
 „sotros, encantaba los sentidos. Las
 „paredes de este edificio no estaban
 „doradas sino en apariencia, su re-
 „donda boveda se parecia á una de
 „aquellas ampollas que se levantan en
 „el agua, y sus columnas inferiores
 „sumamente delgadas y ligeras, eran
 „del hermoso orden corinthio.

„Llegados que fuimos á la puerta,
 „la qual hallamos franca y sin guardia
 „alguna, fundado cada uno en su pre-
 „tendido merito, entramos todos sin
 „esperar á que nadie nos condu-
 „xese. Hallamos en la sala diversas
 „fantasmas, que despues de haber
 „vagado un rato de una parte á
 „otra, se juntaron cada una á aque-
 „llos de nosotros, cuyo modo de pen-
 „sar adoptaba. Vi allí á la *Nobleza*
 „*decadente*; que de todas las hazañas
 „de sus antepasados, nada tenia que

„producir mas que un escudo de ar-
„mas viejo. La *Obstentacion*, que no
„abria la boca sino para alabarse á sí
„misma. Y la *Galantería*, que anda-
„ba siempre de puntillas. En la teste-
„ra del Salon, y debaxo de un magni-
„fico dosél, enriquecido con quanto pue-
„de imaginarse mas hermoso y bri-
„llante, habia un trono en que adorna-
„da de plumas de pavon, estaba
„sentada la *Vanidad*, á quien miraban
„sus admiradores como una Venus. El
„muchacho que tenia al lado para ser-
„virla de Cupido, y que obligaba á
„todos á que se postrasen delante
„de ella, se llamaba *Capricho*. Mi-
„rabase con frecuencia á sí mismo,
„atendiendo mui poco á los objetos
„que le rodeaban, y tomaba todas
„sus armas de aquellos mismos á quie-
„nes queria vencer. La flecha que dis-
„paraba contra el Soldado, iba guar-
„necida de la pluma de su mismo som-
„brero. Las alas del dardo que arroja-
„ba contra el literato, eran hechas de
„las

»las mismas plumas con que éste solia
»escribir ; y la punta del que asesta-
»ba contra los ricos, llenos de su me-
»rito , era de oro , ó plata que sa-
»caba de sus propios cofres. Enlazaba
»á los Políticos en redes hechas de sus
»propios artificios. Ablandaba el co-
»razon de las beldades con el fuego
»que tomaba de sus ojos: é inflamaba
»la ambicion de los oradores con los
»los rayos y relampagos que salian de
»su boca. Veíanse al pie del trono
»tres fingidas Gracias. La *Lisonja* con
»una concha de arrebol en la mano,
»la *Afección* con un espejo, y la
»*Moda* que mudaba á cada instante
»la disposicion y figura de su ropa.
»No era otra la ocupacion de éstas,
»que mantener las conquistas del *Ca-*
»*pricho* , y cada una por su parte
»empleaba en ello toda su arte. La
»*Lisonja* daba á todo nuevos colores.
»La *Afección* , nuevos modos , nue-
»vas apariencias, que segun decian, no
»eran comunes ; y la *Moda* no se con-
»ten-

»tentaba con encubrir algunos defec-
»tos naturales, sino que añadía en lo
»exterior algunas bellezas postizas

»Ocupado como estaba en reflexio-
»nar sobre lo que pasaba á mi vis-
»ta, oí que se levantaba entre noso-
»tros una voz, la qual deploraba el tris-
»te estado de los hombres, que infa-
»tuados por la *Opinion*, engañados por
»el *Error*, y animados por el *Capri-*
»»cho, se abandonaban de aquella suer-
»te á todas las supercherias de la *Va-*
»»nidad, hasta que al cabo venian á
»caer en poder de la *Vergüenza*, y la
»*Pobreza*. Apenas fue escuchada esta
»voz, quando causó un general desor-
»den; é inmediatamente apareció un
»venerable anciano de semblante gra-
»ve y resuelto, á quien se queria
»castigar por haber proferido aquellas
»palabras. Me pareció dispuesto á
»abrir la boca para defenderse y dar
»razon de su hecho. Pero ninguno ad-
»vertí que quisiese darle oídos. La
»*Vanidad* le miró, sonriyendose des-
»de-

„deñosamente. El *Capricho*, con eno-
„jados ojos. La *Lisonja*, que reco-
„noció luego ser la *Franqueza*, se
„cubrió la cara con una mascari-
„lla, y le volvió la espalda. La *Afec-*
„tacion sacudió su abanico, le hi-
„zo una mueca, y le trató de envidio-
„so, y de embustero. Y la *Moda* le
„dixo que era quando menos, un des-
„atento, un mal criado. Burlado así,
„despreciado de todos, fue arrojado
„de aquel lugar por haber hablado
„mal de personas, que hacen figura
„en el mundo; y de comun acuerdo,
„fue resuelto que se le tratase siem-
„pre de la misma manera en qual-
„quiera parte que se hallase. Por lo
„que á mí toca, desde luego habia co-
„nocido la verdad de sus primeras
„quejas. Pero aún dudaba del cum-
„plimiento de sus últimas palabras;
„quando he aquí, que siento de repen-
„te un gran ruido á la parte de afue-
„ra, y veo la puerta rodeada de una
„tropa de harpías. Entran inmediata-
„men-

»mente la *Rabia*, la *Desconfianza*, se-
»guidas de la *Turbacion*, de la *Ver-*
»güenza, de la *Infamia*, del *Despre-*
»cio, y de la *Pobreza*. Desapareció
»entonces la *Vanidad* con su *Cupido*
»y sus *Gracias*, y todos sus vasallos
»se pusieron en huida para ocultarse
»en agujeros y rincones. Pero, segun
»me dixo uno de los concurrentes,
»que se hallaba á mi lado, algunos
»hubo que fueron condenados á pri-
»sion, ó á vivir en compañía de mui
»pocas gentes, que es decir, á pro-
»fesar las Artes mecanicas, y los mas
»viles empleos de la vida civil. Mas
»estos, añadió con desdén, son aque-
»llos que querian habitar en este Pa-
»lacio, no correspondiendo su merito y
»sus riquezas, ni á la magestad del lu-
»gar, ni al porte que en él se debe te-
»ner. Iguales escenas á la que acaba
»de suceder, hemos visto ya mas de una
»vez. Pero esperad á que haya pasado
»el tumulto, y volvereis bien presto á
»ver la pasada magnificencia. Pareció-
»me

„me éste un hombre incorregible; y
„temiendo que deteniendome en aquel
„lugar, me cogiesen como á los otros,
„le dí gracias por su consejo, y tomé
„la puerta, á la qual escarmentados
„algunos con lo sucedido á los demás,
„habian ya concurrido. Todos ellos
„habian despreciado antes los discursos de la *Franqueza*. Pero luego que
„se asomaron á la puerta, se quedaron
„admirados al ver que estaba disipada la ilusion del *Error*, y que todo
„el edificio estaba suspendido en el
„ayre sin algun fundamento sólido. Vimos luego con pavor, que solo un
„salto sumamente peligroso, podia sacarnos de allí; y yo me arrepentí
„mil veces de mi mal entendida curiosidad que me habia puesto en tal
„peligro. Por otra parte, á medida que
„se disminuía la buena opinion que
„teniamos de nosotros mismos, me pareció que se achicaba el Palacio
„con nosotros; y que quando nos hubimos reducido al justo grado de estimacion

»cion que nos era debido, tocó la
»tierra aquella parte del edificio en
»que nos hallabamos, y desapareció
»asi como salimos de él. Yo no sé si
»los que quedaron dentro se hicieron
»carga de nuestra salida. Pero no me
»lo pareció entonces. Sea de esto lo
»que fuere, aqui se acabó mi sueño,
»que me ha dado motivo para refle-
»xionar toda mi vida sobre los funes-
»tos efectos del *Error*, y de la *Va-*
»nidad.

83

EL CENSO

DE LA CIUDAD DE MADRID

En el año de mil ochocientos y noventa y tres

El Ayuntamiento de Madrid

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de primer voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de segundo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de tercer voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de cuarto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de quinto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de sexto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de séptimo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de octavo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de noveno voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de décimo voto

El Ayuntamiento de Madrid

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de primer voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de segundo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de tercer voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de cuarto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de quinto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de sexto voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de séptimo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de octavo voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de noveno voto

Por el Sr. D. Juan de Dios

Alcalde de décimo voto

